

NUEVOS OBISPOS EN EL SALVADOR

El 16 de agosto fue consagrado obispo de la nueva diócesis de Sonsonate Mons. José Carmen de Pietro, saleciano italiano. Con ello el número de diócesis se eleva a 6 y el de obispos a 8, normalizándose así la configuración numérica de la Conferencia Episcopal de El Salvador (CEDES) que en 1982 llegó a estar compuesta de sólo 5 obispos, 2 de ellos muy próximos a su retiro. Los 2 últimos nuncios se han dedicado a renovar y aumentar el número de obispos y de diócesis. Si, como se rumorea, se nombran nuevos obispos y se erigen nuevas diócesis, la Iglesia salvadoreña estará mejor equipada administrativamente para llevar a cabo su misión pastoral en todo el país.

Todo esto es bienvenido, pero la consagración del último obispo ha llamado poderosamente la atención por dos cosas que vamos a comentar, dejando para el final una reflexión global sobre la actual situación de la CEDES. Lo primero que ha llamado la atención es que el nuevo obispo —como en el anterior nombramiento de Mons. Fernando Sáenz, español del Opus Dei— no es salvadoreño. La sorpresa no se debe principalmente al habitual desconocimiento que el pueblo de Dios y su clero tiene de quién vaya a ser su obispo, pues para nada se le consulta, sino a que con el nombramiento de extranjeros se rompa una larga tradición en El Salvador. Esto ha causado comprensible descontento entre el clero salvadoreño. Subjetivamente, por que se

hiere una sana conciencia nacionalista; y objetivamente, por que existen varios sacerdotes salvadoreños que muy bien pudieran haber sido nombrados obispos. Pero lo más importante es saber a qué poderosas razones obedece el rompimiento de esta tradición cuando el Vaticano suele ser tan cuidadoso en mantenerlas. Sobre eso volveremos más adelante.

La segunda cosa que ha sorprendido y que ha indignado a muchos es la manipulación política que ha acompañado la consagración del nuevo obispo. Como obispo consagrante fue designado Mons. Obando y su figura fue utilizada por la Fuerza Armada con fines inequívocamente políticos. La Fuerza Armada, sus altos dirigentes y los soldados, estuvieron omnipresentes en el estadio donde se consagró al nuevo obispo, en la nueva catedral y en la recepción. Soldados de la Fuerza Armada organizaban el tráfico y manejaban los micrófonos. A través de ellos gritaban vivas a Mons. Obando, salvador de Centroamérica y héroe anticomunista y a la misma Fuerza Armada. También la Fuerza Armada colocó una gran manta en la catedral, de más de 10 metros de largo, saludando a Mons. Obando. Durante la misa de consagración, una avioneta de la fuerza aérea lanzó propaganda anticomunista y soldados del cuartel de Sonsonate repartieron hojas volantes donde se llamaba a Mons. Obando "Héroe de la sufrida Nicaragua." La consagración del nuevo

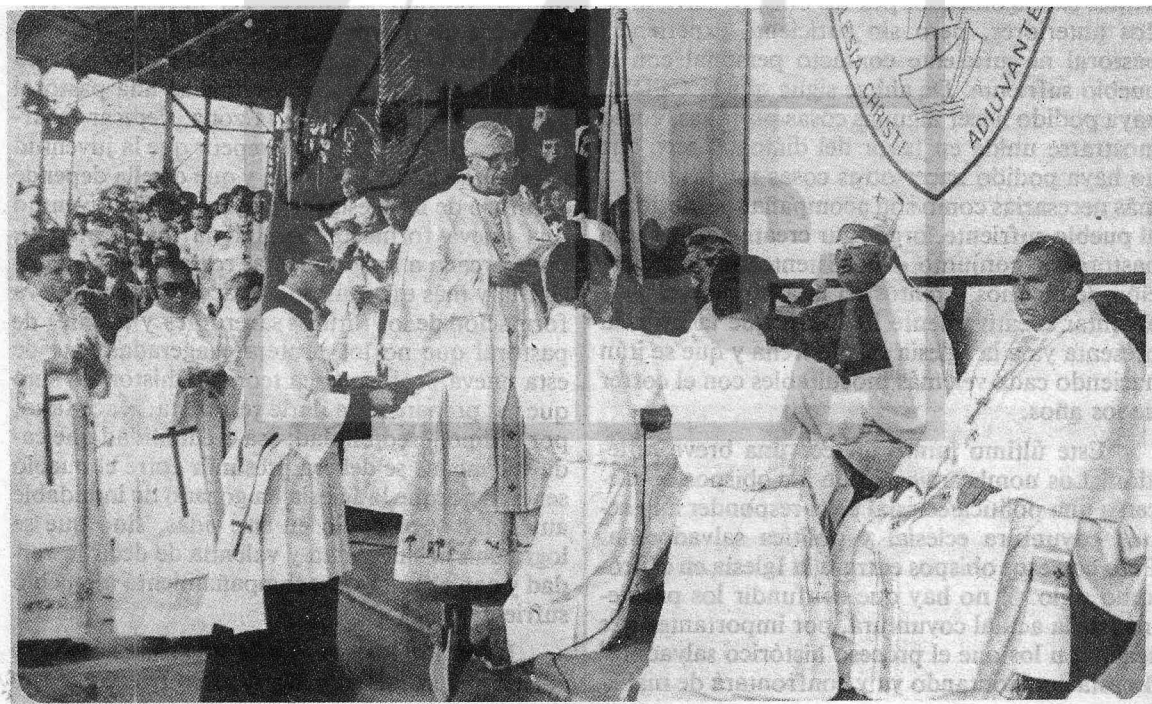
obispo más parecía un homenaje al anticomunista Obando por parte de la Fuerza Armada que el comienzo de un nuevo ministerio pastoral que sigue las huellas de Jesús.

De parte de la Iglesia no hubo signos de distanciamiento de tan crasa manipulación ni ha habido ninguna protesta posterior a tal manipulación. Mons. di Pietro hizo su procesión del estadio a la catedral en un jeep de la Fuerza Armada. En el estadio, en catedral y en la recepción ocuparon lugares de honor los altos jefes militares, la más alta representación gubernamental y el embajador de Estados Unidos. Perfecta armonía, pues, entre la Iglesia y los poderes de este mundo.

Este hecho ha causado indignación sobre todo entre las comunidades a las cuales los obispos no se han cansado de avisar y acusar de estar manipuladas por la izquierda, como lo dijeron públicamente en su carta pastoral de agosto de 1985, y de advertirles que no manipulen la figura de Mons. Romero. Las comunidades, estupefactas, se han preguntado qué hubiera ocurrido si este tipo de cosas las hubiera hecho la izquierda y se preguntan por qué la Iglesia no le dice a la Fuerza Armada que no instrumentalice la persona de Mons. Obando y que no utilice las misas para hacer propaganda política.

Estas dos cosas que hemos notado a propósito de la consagración del último obispo son sólo signos de realidades más profundas y de políticas que guían la nueva configuración de la CEDES. Vistos en su conjunto, los nombramientos de los últimos obispos muestran que está actuando, en primer lugar, un doble criterio negativo. Eclesialmente, que los obispos no sean como el tipo de obispo que simbolizó Mons. Romero, por mucho que —algunos no todos— le alaben ahora. Por triste que sea constatarlo y por muchos méritos que se le reconozcan a Mons. Romero, no interesan obispos que sean tan claros como él en la denuncia profética, tan popular como él en el acompañamiento del pueblo sufriente, tan evangélicos como él en arriesgar hasta la institución eclesial si así lo exige el reino de Dios. Políticamente, que de ninguna manera puedan favorecer a la izquierda, ni siquiera en lo que ésta pueda tener de justo, necesario y beneficioso para el país. No interesan obispos que, en su conjunto, puedan ser usados por la izquierda para su provecho.

Los nombramientos de obispos parecen estar guiados, positivamente, por un triple criterio. En primer lugar, que no presenten ninguna conflictividad, aunque ésta sea fruto de la fidelidad al evangelio, dentro de la CEDES para que ésta



pueda dar la sensación de unidad, al menos hacia afuera. Sabido es que dentro de la CEDES hay serias divergencias, como lo muestran las recientes declaraciones de Mons. Revelo y Mons. Barahona con respecto al diálogo y a las homilias de Mons. Rivera, y como lo reconocen en privado algunos obispos. Pero en público, al menos, la CEDES debe aparecer unida y se debe evitar la situación existente en tiempo de Mons. Romero cuando éste y Mons. Rivera publicaron una carta pastoral sobre las organizaciones populares y el resto de los obispos publicaron simultáneamente un mensaje sobre el mismo tema y diciendo exactamente lo contrario. En segundo lugar, la CEDES debe aportar un sustancial apoyo o, al menos, no debe ser un serio obstáculo al actual proyecto político norteamericano-democristiano, visto en el Vaticano en su conjunto como más convergente con y más beneficioso para la Iglesia institucional. En tercer lugar, los obispos deben ser no sólo sanamente obedientes, sino obsecuentes con el Vaticano.

A partir de estos criterios, se nombran obispos sin una fuerte personalidad evangélica que pueda llevar a conflictos con el poder civil y a tensiones con el Vaticano y dentro de la CEDES. Se nombran obispos con cierta altura intelectual y cierta prudencia en sus manifestaciones públicas para evitar los lastimosos y numerosos incidentes protagonizados por los obispos salvadoreños anteriores, pero sin suficiente experiencia pastoral ni suficiente contacto personal con el pueblo sufriente. De ahí se sigue que la CEDES haya podido hacer algunas cosas positivas, como mostrarse unida en favor del diálogo, pero que no haya podido hacer otras cosas importantes y más necesarias como son acompañar desde abajo al pueblo sufriente, organizar creativamente una pastoral de conjunto —inexistente con la excepción de algunos intentos en la arquidiócesis— y afrontar creativamente los retos que la historia presenta ya a la Iglesia salvadoreña y que se irán haciendo cada vez más inocultables con el correr de los años.

Este último punto merece una breve reflexión. Los nombramientos de los obispos obedecen a una política eclesial para responder a la actual coyuntura eclesial y política salvadoreña. Pero con esos obispos entrará la Iglesia en el próximo siglo. Y no hay que confundir los problemas de la actual coyuntura, por importantes que sean, con los que el proceso histórico salvadoreño está confrontando ya y confrontará de mane-

ra mucho más clara en futuras generaciones. Cualquier análisis de ese proceso muestra que la situación religiosa y específicamente católica está cambiando y probablemente cambiará más aceleradamente en los próximos años. La masiva proliferación de sectas, los gérmenes de increencia que aportan también los movimientos revolucionarios, la posibilidad no absolutamente remota de que el pueblo sufriente llegue a hacerse la pregunta de Job, llegue a preguntarse por Dios ante el sufrimiento interminable, la nueva situación religiosa de la juventud afectada por todos estos fenómenos puede llegar a cuestionar lo que hasta ahora parece ser el presupuesto incuestionable del que parte el Vaticano y la CEDES: que El Salvador es un país sustancialmente católico y religioso y que así se mantendrá, con una práctica pastoral tradicional en lo sustancial aunque adecuada y puesta al día en algunas expresiones externas.

Pero las cosas pueden no ser así y muy probablemente no serán así. Hace falta visión para no confundir los problemas de la actual coyuntura con la problemática que la historia va gestando, guste o no. Hace falta creatividad para responder a los nuevos problemas; no sólo lamentarse de la proliferación de las sectas, sino estudiar el fenómeno, comprender sus raíces religiosas y políticas, repensar los ministerios para que se puedan satisfacer las necesidades religiosas de las mayorías; no sólo ignorar o condenar los brotes de increencia revolucionaria, sino comprender sus raíces, desarrollar una pastoral sacerdotal y teológica en la zona, dedicar recursos a esa pastoral; no sólo repetir que la juventud es la mitad de la población y que de ella depende el futuro de la Iglesia, sino mostrar a la juventud una nueva forma de ser Iglesia más fraternal, más cercana a los problemas reales, menos autoritaria y más esperanzada. Hace falta una nueva formación de los futuros sacerdotes y agentes de pastoral que no los proteja exageradamente de esta nueva problemática teórica e histórica, sino que los prepare para darle respuesta. Hace falta, por último, credibilidad; esa credibilidad que cada vez menos se deberá presumir entre el pueblo sencillo porque la Iglesia ha gozado de indudable autoridad y prestigio en sus vidas, sino que se logra con la sinceridad y valentía de decir la verdad y con el amor del acompañamiento al pueblo sufriente.

Estos son los grandes problemas con que se enfrenta la Iglesia salvadoreña. Su tratamiento y

solución es tarea de todo el pueblo de Dios y no sólo de los obispos. Pero indudablemente éstos tienen una especial responsabilidad y tienen también un poder específico para resolverlos favorablemente. Y esto es lo que está en juego en los actuales nombramientos de obispos. Que sean salvadoreños o no, es en el fondo secundario, aunque los salvadoreños pueden serlo y el ser salvadoreño puede otorgar más credibilidad y eficacia a su ministerio. Que se politice burdamente la consagración de un obispo, no es más que una

triste anécdota ante la gravedad de los problemas reales, aunque ojalá no se repita tan triste espectáculo. Lo que está en juego es si la Iglesia ha captado o no la nueva situación histórico-religiosa, si está decidida a responderla creativamente y si comprende que en esa respuesta, siempre, pero sobre todo hoy, el evangelio de Jesús más que los cálculos políticos es lo que la orientará y la animará a ser una Iglesia cristiana y salvadoreña.

H.O.

